

---

## *Convivencia y controversias*

---





Santa Cruz de Mora, Edo. Mérida, 1927.  
Periodista. Internacionalista de la Universidad de Columbia.  
Ex Canciller de la República. Individuo de Número  
de la Academia Nacional de la Historia  
y miembro del Consejo Editorial de *El Nacional*.  
Entre sus libros figuran las biografías de Mariano Picón-Salas y George Washington.

---

*Una fascinación que no cesa*

---



*Con los intelectuales o los que por tales tienen, habrá que hacer siempre lo que Ud., con muy buen sentido ha hecho, que es decir, utilizar sus servicios para darle cierto barniz de la cultura que ellos representan a la obra del gobierno, y apartarlos oportunamente, porque no se debe confiar mucho en ellos.*

César Zumeta a Juan Vicente Gómez. Ginebra, (1921).

NO HAN ESCAPADO nunca los intelectuales a las tentaciones del poder o de la política; los testimonios abundan, desde los propios orígenes de la cultura y del pensamiento universal hasta los tiempos contemporáneos. En los avances del dominio del hombre sobre las formas de la sociedad, son los intelectuales quienes han definido con mayor precisión los grandes valores de la libertad y de la democracia, de la paz y de los derechos humanos. En Europa, Isaiah Berlin y Norberto Bobbio, figuran entre los hombres del siglo que batallaron con mayor denuedo y lucidez por la libertad y la tolerancia.



Fueron memorables las contribuciones (y las discrepancias) de Jean Paul Sartre, Merleau-Ponty, Albert Camus y Raymond Aron en los años de la Guerra Fría. Aron en *El opio de los intelectuales* hizo la disección de lo que llamó “fascinación de los intelectuales” con la idea revolucionaria, y estableció las líneas de demarcación. En América Latina, participaron en ese debate intelectuales como Mariano Picón-Salas, Germán Arciniegas y Octavio Paz. *Los malos salvajes* del venezolano, *Entre la libertad y el miedo*, del colombiano, *Tiempo nublado* y *Pequeña crónica de grandes días* del mexicano, quedan como testimonios de una visión humanística de la política.

No hubo y no podía haber unanimidad entre los intelectuales. Julien Benda abordó la abdicación de unos escritores frente a los desafíos de su tiempo, y sin piedad llamó a su ensayo *La traición de los intelectuales*. De modo que una excursión por el mundo de los escritores y los laberintos del poder, al excluir el unanimismo, reitera las posibilidades democráticas de la diversidad y de la confrontación. Esto sucedió en Europa, también en América Latina, y necesariamente, en Venezuela.

En 1940, al escribir la historia de las letras venezolanas, Mariano Picón-Salas consideró que era indispensable, para tener “un cabal conocimiento de Venezuela en aspectos tan importantes como el pensamiento político y la evolución social, rastrear el testimonio no sólo de los venezolanos que vivieron y combatieron en el país, sino también de aquellos, muy numerosos, a quienes la turbulencia de nuestra historia arrojó lejos de la patria en apasionado combate contra nuestro crónico azar político”. Nomadismo, movilidad social, diáspora, impidieron y perturbaron la continuidad de un proceso histórico, como el de otros países hispanoamericanos, y esos factores influyeron de modo negativo en el desarrollo cultural. Eso había



sucedido en el siglo XIX y también en los primeros 35 años del XX, cuando el “crónico azar político” parecía llegar a su culminación.

Sobre los intelectuales del siglo XIX, Jesús Sanoja Hernández, en su ensayo *Blanco Fombona y el país sin memoria* hace una observación pertinente: “La fluidez del pensamiento político entre 1870 y 1899, la aparición de partidos dentro de los partidos –algo tan poco absurdo como el teatro dentro del teatro, la novela dentro de la novela– y la adhesión casi orgánica de los intelectuales al aparato burocrático y al combate fanático, convirtieron al escritor y al artista, al periodista, al

poeta y aun al sacerdote, en militantes de una causa casi siempre tan pasajera como el jefe político que la encabezaba, como el régimen que la alimentaba desde la Casa Amarilla, o como el levantamiento armado que la impulsaba”.

Una inestabilidad tan precaria, señala el ensayista, que los lleva

indistintamente a la prisión de La Rotunda o al palacio de gobierno. O sea, molinos del viento de las guerras circunstanciales. De ahí, del XIX al XX, no hubo solución de continuidad. Escribió Sanoja: “De este modo, si durante los tres décadas finales del siglo XIX, los intelectuales reflejaron en sus obras y actos una conciencia pendular, casi inasible como homogeneidad, a lo largo del castrismo, golpeados por aquella trinidad de conmociones, oscilaron todavía con mayor fuerza y rapidez”.

Esa inestabilidad generaba también lo que Picón-Salas, al final, percibía como dos historias paralelas, cuya unificación juzgó necesaria, sobre todo, en el mundo de las ideas. La agresividad y violencia de las luchas políticas generó lo que él llama dos “Venezuelas irreconciliables”. De ahí que considerara que era preciso juntarlas para llegar a una verdadera comprensión de la historia de nuestro país. Confesaba que seguir la trayectoria de esas dos Venezuelas, la del documento oficial y la de la hoja clandestina, lo entusiasmaba como propósito: “...es el tema, dijo, para un historiador o un novelista futuro”. No excluía probablemente al novelista porque, junto a las ideas políticas, se había unido en diversas circunstancias la aventura de las conspiraciones, o el azar de los perseguidos.

Picón-Salas hizo un largo periplo a través de la historia del pensamiento venezolano, para persistir en el paralelismo de la historia política y de la historia de las ideas y de las letras, pues en no pocas ocasiones los protagonistas eran los mismos que intentaban o realizaban la una y la otra. Al finalizar el siglo XIX, ocurre un fenómeno de suma significación; el historiador se detiene en su ponderación y en su análisis. Es el magisterio que ejercen desde 1880 dos hombres de ciencia en la Universidad de Caracas: Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, quienes oponen a la visión idealista, el positivismo y el evolucionismo. Nunca, como en ese tiempo, dice Picón-Salas, se había discutido en Venezuela con mayor ímpetu polémico y más antagonismos sobre asuntos de filosofía. Es, realmente, un tiempo estelar de las ideas y una toma de conciencia de lo que se piensa en el mundo.

***En la relación del intelectual con el poder o con la política, en no pocas ocasiones, el intelectual sucumbe.***



Personajes de la generación emergente como José Gil Fortoul, Alejandro Urbaneja, Nicomedes Zuloaga o Luis López Méndez acompañan al presidente Juan Pablo Rojas Paúl en su reacción antiguzmancista, fundan un partido, la Unión Democrática, y un periódico llamado *El Partido Democrático*. Estos intelectuales pretendieron crear, alrededor de 1886, una asociación política que trascendiera los personalismos de la época. En 1897 prueban suerte otra vez en los avatares de la política; fundan el Partido Liberal Nacionalista, y respaldan la candidatura del general José Manuel Hernández, alias El Mocho; triunfan, pero Joaquín Crespo arma un singular fraude, e impone a Ignacio Andrade. El papel del intelectual consiste en generar ideas para el líder que tiene la capacidad de comunicarse con las masas.

Bajo la influencia de aquellos profesores, Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, comparece en la escena una generación de gran significación en el pensamiento y en la ciencia: el historiador José Gil-Fortoul, el lingüista y etnólogo Lisandro Alvarado, el biólogo Luis Razetti, los ensayistas y críticos César Zumeta y Luis López-Méndez, están entre los jóvenes que entonces se forman bajo los nuevos auspicios. Picón-Salas observa que ninguna generación había surgido en Venezuela con mayor vocación científicista; su ambición dominante no fue la concepción puramente artística, sino el ser expresión de una nueva ciencia, y tienen más emoción social que estética.

Para el ensayista, en esta generación sobresalen un crítico, un historiador y sociólogo, un lingüista y humanista, y un parnasiano de la prosa. El crítico es Luis López-Méndez, quien muere en Bruselas antes de los treinta años, en 1891. El historiador es José Gil-Fortoul, de obra vasta y vida larga, fundador de una nueva escuela histórica en el país, autor de *El hombre y la historia*, *Filosofía constitucional*, y de la *Historia constitucional de Venezuela*. El lingüista y humanista es Lisandro Alvarado, por quien Picón-Salas sentía verdadera admiración y sobre quien escribió textos como *Rousseau en Venezuela* y *El doctor Lisandro Alvarado*, breve ensayo biográfico donde lo retrata como uno de los venezolanos ejemplares de su desgraciado tiempo, (en un país y por unos años en que Martín Espinoza, el "Chingo Olivo", Zoilo Medrano o "El Agachao" eran tan venezolanos como Pedro Gual o Fermín Toro) y donde estudia su obra y su personalidad de andariego, y de modo especial, su *Historia de la Revolución Federal*. "Se asoma a los hechos como un geólogo a las grietas de un volcán", dice Picón-Salas de esta historia de la guerra larga y cruel, donde, "como jeques árabes, como islamistas del desierto que se hubieran embriagado con las palabras del profeta y marcharan a una guerra santa, pinta a aquellos hombres de ciego furor trágico que devastarían los hatos e incendiarían las sabanas barinesas en 1860".

Sobre la historia venezolana y a propósito de esta obra de Alvarado sobre la Revolución Federal, Picón-Salas hace una observación sobre la cual conviene detenerse: "El pueblo venezolano admiró más a los hombres turbulentos y revolvedores, como Mariño y Bermúdez, que al tranquilo Soublette; prefería Ezequiel



Zamora a Pedro Gual”. En una palabra, hay mayor identificación con la turbulencia que con la meditación, y esto no parece ser signo exclusivo de aquella época, como se obstinan en demostrarlo los tiempos.

El parnasiano de la prosa es César Zumeta. De la prosa de Zumeta dice Picón-Salas: “Por su brevedad punzante y aforística, es de la familia de Baltazar Gracián, y hubiera podido componer como el famoso aragonés su *Agudeza y arte de ingenio*”. Además de su obra literaria recogida en “Escrituras y lecturas”, en uno de cuyos textos elabora su teoría del Hegemón o del hombre fuerte, escribió *El continente enfermo*, *La ley del cabestro*, y *Las potencias y la intervención de América Latina*. Como hombre que residió en Alemania, y tenía una visión directa de las políticas de Bismarck, se sensibilizó frente al poder de los grandes imperialismos mundiales. *El continente enfermo*, es una invitación a la fuerza y, en sus palabras dice: “Los fuertes conspiran contra nuestra independencia y el continente está enfermo de debilidad. El hierro fortifica. Armémonos”. Picón-Salas precisa su pensamiento: “... en torno de la necesaria y común defensa de las naciones criollas, Zumeta explica las grandes incógnitas que en el momento de escribir (1899) planteaba el estilo extraordinariamente tecnificado de la guerra moderna: la lucha mundial por los mercados y reservorios de materias primas, la agresividad prebélica de una Europa superpoblada”. En una palabra, Zumeta leía los signos del horóscopo de la política mundial en el siglo XX.

Como lo hizo con mayor detenimiento y profundidad en otros ensayos como *Antítesis y tesis de nuestra historia*, *Proceso del pensamiento venezolano*, Picón-Salas analiza la contribución y, desde luego, también la aparición en la escena de las letras venezolanas, del grupo de sociólogos que integraron José L. Andara, Ángel César Rivas, Julio C. Salas, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla-Lanz. Mientras Andara estudia fundamentalmente el período colonial en su “Evolución política y social de Venezuela”, Ángel César Rivas en *Orígenes de la independencia de Venezuela* y en sus ensayos de *Historia política y diplomática*, sostiene que la conciencia autonomista de los americanos que se definió y se expresó en 1810, no proviene tanto de causas exteriores como de la propia evolución de las instituciones coloniales en el mundo indiano. “En la historia de España, hace notar Rivas, hay que distinguir la historia de la Nación y la del Estado, que no siempre marchan juntas”. Julio César Salas, autor de *Tierra Firme*, *Civilización y barbarie* y *Los indios caribes* y de innumerables obras (muchas aún inéditas) fundador de las cátedras de Sociología y de Economía a comienzos de siglo en la Universidad de Los Andes, divulgó con persistencia los problemas y los métodos del positivismo social evolucionista.

Laureano Vallenilla-Lanz y Pedro Manuel Arcaya figuran como los grandes positivistas venezolanos, y por sus vinculaciones con el poder, y de modo particular, (no sólo por sus escritos políticos) fueron, junto con José Gil-Fortoul, personajes influyentes durante la dictadura de Juan Vicente Gómez y, ambos, Arcaya y Valle-



nilla, se esforzaron en darle una explicación (y, lo más importante, una justificación) “científica” o histórica al fenómeno de la dictadura.

Tanto Arcaya como Vallenilla-Lanz se erigieron en los filósofos del régimen. Como lo observó Andrés Eloy Blanco, en una breve biografía del historiador, Gil-Fortoul fue extremadamente discreto en sus escritos sobre la dictadura. No obstante, también figuró como uno de los presidentes de la República a quienes el Comandante en Jefe transfirió los símbolos del poder; pero, además, fue uno de los consejeros más influyentes de Juan Vicente Gómez en los asuntos petroleros, y, sobre todo, en los negocios de la Compañía Venezolana de Petróleo (la empresa privada del dictador), como muy documentadamente lo ha referido el historiador inglés Brian S. McBeth en *Juan Vicente Gómez and the Oil companies in Venezuela, 1908-1935*.

---

*Pero, ¿qué significaban los intelectuales para el dictador?*

---

Así, Gil-Fortoul eludió en lo posible (en sus papeles y en sus tesis) un compromiso que no tuvo escrúpulo en asumir personalmente en terrenos que Vallenilla Lanz no trajinó. No ocurrió esto con Vallenilla. Sobre la significación y singularización de Vallenilla, Elena Plaza escribió: “Ahora bien, ¿por qué Vallenilla Lanz es tan polémico? ¿Por qué algunos historiadores, al emitir sus juicios, han sido más severos con Vallenilla que con otros positivistas? Creo que se debe a que fue el único que buscó llevar una postura coherente hasta sus últimas consecuencias, y asumió esa búsqueda como un programa de acción política. En Vallenilla, la relación entre las dos caras de la moneda—positivismo y gomecismo—, corona una amarga reflexión en torno a los procesos históricos y los problemas políticos del país—. A juicio de la autora de *La tragedia de una amarga convicción*, “...otros autores no fueron tan lejos, no llegaron a cuestionar los grandes valores de la democracia liberal, sino que intentaron una síncreisis entre éstos y sus convicciones ‘científicas’, que los eximió del intento de derrumbar axiomas todavía muy importantes para la sociedad venezolana”.

La respuesta a los positivistas quizás ha privilegiado lo que podía llamarse sofisticado en la teoría del “gendarme necesario” o del Gran Dictador: en un momento, la sociedad reclama como única alternativa frente al desorden, la violencia, la anarquía y el caos, la figura del hombre fuerte. “Se ha dicho de ellos, escribió Picón-Salas, que, reaccionando contra el idealismo histórico de los románticos y aplicando al proceso venezolano fórmulas naturalistas, llegaron a una especie de darwinismo social en que nuestras autocracias se explicaban, en una sociedad turbulenta e informe, por una como simple ley de selección biológica”. La cuestión resulta más compleja si se comprueba la oscilación dictadura-democracia-dictadura. La explicación no parece estar ni en el fatalismo de los positivistas políticos, ni en el idealismo de sus antagonistas.

Como hubo positivistas pro-dictadura, también los hubo en el campo contrario. La tesis ni fue original, ni se suscitó sólo en Venezuela. También otros dictadores latinoamericanos o, la dictadura, en general, tuvieron sus filósofos, como Francisco García-Calderón, con su obra *Las democracias latinas de América*. ¿Dónde está,



entonces, la verdad? Gómez habría gobernado igual con positivistas o sin positivistas y, acaso, nunca se enteró de este confuso debate. La idea de la dictadura contra el caos estaba ya postulada en los *Discursos* de Nicolás Maquiavelo y en las páginas de *El Príncipe*, con muchos siglos de antelación a los teóricos venezolanos o latinoamericanos del “gendarme necesario”, con lo cual apenas queremos indicar que se remonta a 500 años, si es que sus raíces no van más allá de las fórmulas del secretario florentino, como parece al usarse la palabra derivada de los “césares” romanos. (Al estudiar las fuentes del pensamiento político de Vallenilla, Elena Plaza ex-

plora la idea de la dictadura desde la antigüedad.)

De los autores de *Cesarismo democrático*, de *Críticas de sinceridad y exactitud* y de *Desintegración e integración* (Laureano Vallenilla-Lanz) y de *Estudios de personajes y hechos de la historia de Venezuela*, de *Estudios de sociología venezolana* y de *Venezuela y*

***La democracia y la libertad les permiten a los intelectuales construirse su propio reino.***

*su actual régimen* (Pedro Manuel Arcaya), Picón-Salas establece esta visión: “Diferentes en el estilo –Vallenilla con mayor ardor polémico, más artista de la historia, irónico y sarcástico; Arcaya, con su densa dialéctica de jurisconsulto–, parecen coincidir en la intención final. A través de sus documentadas monografías analíticas sobre problemas como el de la anarquía militar, el caudillaje, el papel de las multitudes en nuestra historia social, ellos quieren desprender las fórmulas que consideran más valederas del Estado venezolano”.

La pregunta parece inevitable: ¿positivismo o maquiavelismo? Los alegatos de Picón-Salas contra los positivistas, como el papel civilizador de las técnicas, la inmigración, las formas más modernas de producción que terminarían prevaleciendo en las sociedades, democratizándolas y negando, por consiguiente, la necesidad del gendarme, no han sido comprobadas por la realidad histórica ni en América Latina ni en Europa. El problema es más universal que regional y más antiguo que contemporáneo. Picón-Salas añade una contra-argumentación válida: “Si, en efecto, la dictaduras venezolanas fueron la resultante de un estado social anárquico; de una como desintegración del Estado, no puede decirse que ellas sean o deban ser la fórmula permanente”. Cuando apenas tenía 18 años y la tesis del “gendarme necesario” estaba fresca y gozaba de “aplicación” incuestionable, el joven estudiante (1920) refutaba a Vallenilla-Lanz con este mismo argumento, en una conferencia dictada en la Universidad de Los Andes: ¿por qué pretender hacer permanente lo que es circunstancial?

Para un análisis de las teorías de los positivistas habría que desvincularlos de la relación con el general Gómez, o sea, la personificación del Gómez-dictador como objeto y propósito de la teoría. En *Arma y coraza: biografía intelectual de Laureano Vallenilla Lanz*, más como historiador que como abogado del abuelo, Nikita Harwich Vallenilla formula alegatos que es conveniente considerar, y el más importante probablemente sea la puntualización cronológica de los escritos; al respecto, dice: “Pero en vista de los ataques que le fueron proporcionados a Vallenilla como



‘apologista de la dictadura’, es fundamental destacar el hecho de que los capítulos de Cesarismo y gran parte de los capítulos de *Disgregación* fueron preparados y escritos en Europa de 1905 a 1909, antes de la llegada al poder de Juan Vicente Gómez, a quien por lo demás Laureano Vallenilla Lanz no conocía personalmente. En cuanto al capítulo más controvertible y fácil fuente de escándalo por su título, el de *El gendarme necesario*, fue publicado en 1911 en *El Cojo Ilustrado*, cuando Gómez, como en efecto señala Harwich, todavía no había asumido los poderes dictatoriales que lo mantendrían al frente de Venezuela durante veintisiete años”. En cuanto a que Vallenilla haya sido “apologista de la dictadura” ya entra menos en la controversia de fondo, y es menos relevante. Creyó en Gómez, como Arcaya, y punto. También como Gil-Fortoul, aunque los testimonios de éste sean elusivos. Esa fue una conducta y sus consecuencias inescapables. Mucho más apolo-gista de un sistema se puede ser dirigiendo un periódico como *El Nuevo Diario* durante varios años, exaltando las excelencias del régimen y de su jefe, (en el volumen *La rehabilitación en Venezuela / Campañas políticas de El Nuevo Diario*), que escribiendo un libro como *Cesarismo democrático* que el dictador nunca leyó, ni tampoco su corte pretoriana. Fortuna la de Juan Vicente Gómez, comparado con otros dictadores (el mismísimo y presuntuoso Guzmán-Blanco), cuyos apologistas fueron gacetilleros de tercera categoría, aparte de su gran padre Antonio Leocadio, claro, pero en ese caso, estaban de quién a quién. Se trataba, ni más ni menos, que de aquella elipse de una ambición de poder tan excelentemente interpretada por el historiador Ramón Díaz-Sánchez.

En 1929, el 25 de noviembre, Vallenilla Lanz le confía a su amigo Carlos F. Grisanti, ministro plenipotenciario en Washington, que ha sido víctima de un atentado. En primer término, se congratula por las buenas noticias que le llegan del extranjero sobre la suerte o buena acogida de sus libros. Le dice: “...de muchos hombres eminentes de América y de Europa recibo aplausos por mi modesto libro”.

“En cambio aquí, en mi tierra, han pretendido matarme junto con mi familia... Pero yo veo en esto mismo, aunque brutalmente expresado, un homenaje a mi pluma. El odio de estos bárbaros no se descarga contra aquellos que en cumplimiento de sus funciones públicas están obligados a reprimir a los revoltosos, ni sobre los que ocupan altas posiciones oficiales... sino sobre mí, que no soy más que un escritor, un periodista, que sostiene valerosamente sus ideas, sus convicciones, sin vacilar nunca, sin contradecirse jamás de acuerdo con las imposiciones de su conciencia y de su patriotismo; mejor sentido y comprendido que el de esos imbéciles y charlatanes que la desacreditan ante el mundo entero arrastrados por odios políticos, por ambiciones fracasadas; nostálgicos del presupuesto, la mayor parte de ellos, e incapaces de darse cuenta de que los hombres pasan y la Patria es y debe ser eterna; y que no es posible la larga permanencia de un hombre en la dirección suprema de un país, si no está virtualmente apoyado por la inmensa mayoría de sus habitantes. De manera que, según el obtuso criterio de esos señores, Venezuela



está dividida entre un pequeño grupo de hombres dignos (Carlos León, Jacinto López, Rufino Blanco Fombona, Alberto Smith, Santos Domínici, los intelectuales de la Revolución) y el pueblo entero, a cuya cabeza nos encontramos los que nos hemos vendido a la tiranía, los que hemos abdicado de nuestros ideales y de nuestra dignidad... Por eso hay para mí una bomba, con la cual intentan asesinarme junto con mi familia, y seguramente hay un galardón para Rufino Blanco Fombona, quien vive rozándose con la gente honrada a causa de las deficiencias del Código Penal”. Así retrata su situación personal el autor de *Cesarismo democrático*. Han tratado de asesinarlo, a él, que no ocupa posiciones oficiales, que no es más que un escritor y periodista, que no tiene guardia pretoriana.

El escritor confiesa la penitencia de su lealtad, que lo condena a un purgatorio en el cual las glorias del poder no las tiene al alcance de la mano; pero en cambio, es alto el precio de sostener sus ideas: “A los amigos del General Gómez nos ultrajan, nos condenan al desprecio público a tiempo que los honradísimos revolucionarios, representantes de la dignidad nacional, reconocen como Jefe a Román Delgado Chalbaud y colocan su firma al lado de la de Rufino, cuando ambos han incurrido en todos los delitos que registra el Código. Ud. y yo, por ejemplo, que jamás hemos estado mezclados en chanchullos ni en especulaciones de ninguna naturaleza; que tenemos las manos limpias de peculado, somos unos hombres indignos al lado de Leopoldo Baptista, de José María Ortega Martínez y de Jacinto López, quien se apropia con la mayor desvergüenza los fondos del Consulado de New York, negándose a entregarlos al sucesor, y diciendo que los devolvería cuando en Venezuela surgiera un Gobierno honrado. Si parece cosa de chascarrillo. Por allá anda un negrito tipógrafo, llamado Flores Cabrera, quien asegura que el General Gómez le confiscó su casa solariega, y la emprende furiosamente contra mí. Aquí, los mulatos, casi a excepción de Cipriano Morales, quien logró hacer fortuna a la sombra de aquella Ley protectora de los ladrones que se llamó de Retroventa, todos han tenido solares sin casa, como no fuera en los repartimientos...” (Esta carta pertenece al archivo del Dr. Carlos F. Grisanti, en poder del Dr. Héctor Grisanti Luciani.)

La dilucidación de la tesis de los positivistas sobre el “gendarme necesario” fue, no cabe duda, una de las grandes cuestiones intelectuales y políticas del siglo. La sostuvieron, de modo muy consistente, y de manera fundamental, estos dos pensadores vinculados al régimen de Juan Vicente Gómez: Laureano Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya. Las posibilidades de discrepancia durante los largos años de la dictadura fueron, obviamente, nulas. El “gendarme necesario” se homologaba fatalmente con la figura del dictador; no había espacio para la polémica, a no ser que se librara desde lejos. Obviamente, el general Gómez no se enteró de que él era objeto y sujeto de una doctrina que quiso envolverlo en una red de consideraciones científicas, y otorgarle así una relevancia que jamás se propuso, ni tenía por qué proponerse, porque si bien era hombre singularmente astuto, intelectualmente era tan elemental como primario. ¿Una mínima ironía de la historia? Quizás.



Augusto Mijares, con Mariano Picón-Salas y el ensayista marxista Carlos Irazábal en uno de sus ensayos de *Hacia la Democracia*, está entre quienes abordaron la tesis del “gendarme necesario”, con su obra “La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana”. Es uno de los ensayos polémicos de este siglo en nuestro país, de tantas implicaciones que bastaba para consagrar a Mijares en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia, y de las teorías latinoamericanas, y en la defensa de los valores permanentes del venezolano.

Augusto Mijares refuta la tesis que llamó, con razón, “pesimista” de que nuestros países estaban fatalmente destinados, por muy diversos factores, a la anarquía, al caos político o a su alternativa, el despotismo. Que en otras palabras, estaban vedados para los pueblos latinoamericanos los regímenes democráticos, los gobiernos representativos, y que de la inestabilidad sólo podía librarnos la mano fuerte y severa del caudillo. La realidad, (o la historia), le dio la razón a Mijares: cuando Juan Vicente Gómez murió el 17 de diciembre de 1935 también se llevó a su tumba la tesis del “gendarme necesario”. El general Eleazar López Contreras fue la negación del dictador: tomó un camino diferente y salvó al país de la “anarquía” por otros métodos, y se convertía así, con sus huesos alargados y su voz ronca, con su imponderable astucia y su maquiavelismo admirable, en la primera refutación real de la tesis del “gendarme necesario”.

Otros escritores que nacieron bajo el signo del modernismo en la última década del siglo XIX tendrán también figuración política en el XX: Pedro Emilio Coll y Pedro César Domínicí, el primero discreto, sobrio y ponderado, fue senador y ministro de Fomento del general Gómez, como en un paréntesis de su vida del cual no quiso acordarse. De ellos, el más importante como escritor será Coll. Una obra más o menos breve, tres pequeños volúmenes (*El castillo de Elsinor, Palabras, La escondida senda*), un gran ensayo político, *El anti-Rousseau español*, y textos circunstanciales y dispersos, escritos a lo largo de más de cincuenta años. Sin embargo, Picón-Salas dice que su obra “es una de las más finas glosas que un venezolano haya dedicado al espectáculo del mundo y de la cultura finisecular, y a esta sensibilidad un tanto mórbida, turbada y ansiosa, con que los hombres del último medio siglo han sufrido y expresado una época de extremadas tensiones espirituales”. “Temperamento muy armonioso y equilibrado, se distinguió de algunos de sus compañeros de generación por su espíritu un poco distante y porque prefirió el humorismo y la ironía a la solemnidad o a la agresión”, escribió de él Mariano Picón-Salas.

A la literatura de ideas de Pedro Emilio Coll, se contraponen la de Manuel Díaz Rodríguez, de una singular ambición estética. Díaz Rodríguez apenas traspuestos los veinticinco años, “ya había recorrido y se había entusiasmado con catedrales, museos, obras medievales y renacentistas, viejas ciudades de Italia y de Francia, donde el espíritu no muere”.

---

*Al poder político  
contraponen  
el poder de las ideas.*

---



“Él no era, sin embargo, un teórico o un filósofo, dice Picón-Salas, sino un escritor solar, mediterráneo, en cuya prosa resonará siempre con insistente nostalgia el juvenil embrujo italiano”. Le cantará a Antonio Paredes, el gran opositor de Cipriano Castro, porque lo considera de la estirpe de los condottieros. Su arte es refinado, aristocrático, solitario y, por consiguiente, es comprensible que en una de sus novelas, *Ídolos rotos* se alarme ante el espectáculo de aquellas “hordas famélicas de labriegos convertidos en soldados” que llegaron a Caracas con el invasor tachirense en 1899. Los personajes de Díaz Rodríguez, observa finalmente el ensayista, vi-

***O sea, molinos del viento de las guerras circunstanciales.***

***De ahí, del XIX al XX, no hubo solución de continuidad.***

ven como en un sobresalto, con la esperanza de viajar a Europa en el primer enfrentamiento con la realidad. Pero a él la realidad lo persuade (o lo atrapa) y llegará a ministro del más inquietante de esos andinos. Fue, en verdad, ministro de Relaciones Exteriores de Juan Vicente Gómez en los años controversiales de la Primera Guerra Mundial, fuerte sostenedor de la tesis de la neutralidad,

que enfrentaba a Venezuela con Estados Unidos, razón por la cual dejó de ser canciller para aplacar a los norteamericanos, porque junto con Pedro Manuel Arcaya era percibido como germanófilo en el Washington de los tiempos del profesor Woodrow Wilson. Como Pedro Emilio Coll, su presencia en el gobierno fue más circunstancial que militante. Preciosismo literario y política (como en el caso de Díaz Rodríguez) no eran precisamente compatibles.

“Los argumentos de la oposición a la dictadura de Castro cobran mayor entidad doctrinaria, escribe Ramón J. Velásquez, y el cuadro venezolano es sometido a un examen moderno que liquida la vieja retórica decimonónica cuando en 1906, César Zumeta funda *La Semana* en Nueva York, al mismo tiempo que el novelista Pedro César Domínici edita en 1905 la revista *Venezuela* en París. Ambas publicaciones mantendrán su vigencia hasta diciembre de 1908, cuando tanto Zumeta como Domínici deciden regresar a Venezuela, a raíz del derrocamiento de Cipriano Castro”.

El pensamiento de Zumeta es sólido, y no se detiene exclusivamente en la circunstancia de un dictador, ni en los conflictos nacionales o internacionales que desata; al tiempo que juzga a Castro o a sus duelos con Estados Unidos y con las compañías norteamericanas, o el financiamiento de la revolución de Matos por intereses extranjeros, reflexiona sobre la historia de Venezuela y sus constantes. Al glosar sus ideas, el doctor Velásquez observa que “es enemigo de la guerra civil como solución del estado de perpetuas tiranías en que desde el comienzo mismo de la República, vive Venezuela”. Zumeta expresó: “Algo ha de enseñarnos nuestra propia historia, y con solo recordarla tenemos para convencernos de que todas las revoluciones habidas en el país, inclusive la de la independencia, han sido infecundas para la civilización y la libertad”. El escritor pensaba, no sin razón, que habíamos cambiado a los capitanes generales de la era colonial por lo que llamó “patriciado de Páez”, y por el camino de los desórdenes se había desembocado en Guzmán Blanco, en Crespo, en Castro.



Conviene retener estas ideas de Zumeta: “La república no ha existido un solo día; las constituciones han sido desgarradas por la pluma del caudillo que las prohijó, al mismo declararlas en vigencia. [...] Los derechos civiles de que gozan los venezolanos hoy, son inferiores a los que disfrutaban nuestros abuelos durante la colonia; los monopolios que pesan sobre el pueblo y enriquecen a la pandilla gobernante jamás fueron antes el escándalo que son hoy; y las virtudes públicas, fuente exclusiva y cimiento único de la patria libre, culta y honorable, ¿en dónde están?” Zumeta, observa el doctor Velásquez, “insiste en la necesidad de promover en Venezuela una revolución inédita en la interminable historia de nuestros conflictos bélicos: la revolución del trabajo”. Zumeta pensaba que “el caudillismo militar ha corrompido el cuerpo político”. ¿Quién puede dudar de la veracidad, e incluso, de la vigencia, de estas percepciones?

Más adelante, el escritor hace la anatomía de la reciente historia en estos términos: “El septenio de Castro y sus más disgustantes síntomas de barbarie, son la obra de las revoluciones de 1892 contra Andueza, de 1898 y 1899 contra Andrade, de 1900 y de 1902 contra Castro”. Su diagnóstico era claro: “...mientras no eduquemos ciudadanos es inútil suprimir tiranos porque estos se dan silvestres en donde el bizantinismo, la codicia, la prevaricación y la ignorancia, abonan el terreno”. En la controversia entre Castro y Estados Unidos por el asunto de las reclamaciones, Zumeta no perdió el equilibrio porque se tratara del dictador (Cipriano Malaparte) que combatía. Escribió, por ejemplo: “Estados Unidos no pueden, en derecho, desconocer la jurisdicción de los tribunales venezolanos sin demostrar antes que ha habido denegación de justicia. La presunción de la dependencia de esos tribunales respecto al Ejecutivo no basta, mientras no se pruebe injusticia notoria en los casos controvertidos”. Discriminemos, en todo caso, entre el Zumeta lúcido que le hace oposición a Castro desde el destierro, y el que luego se rinde ante Juan Vicente Gómez, asciende a ministro de Relaciones Exteriores, presidente del Congreso, y durante mucho tiempo, representante ante la Sociedad de las Naciones.

Desde Ginebra, noviembre de 1921, Zumeta dibuja (sin misericordia alguna), el autorretrato del intelectual, en una carta para Gómez (incluida en *Las luces del gomecismo*, de Yolanda Segnini). Le habla de la deslealtad del ex ministro de Relaciones Exteriores, Esteban Gil Borges (quien no nombró al dictador en su discurso bautismal de la estatua de Bolívar en Nueva York), y de sus derivaciones, y le aconseja a Gómez: “Con los intelectuales o los que por tales tienen, habrá que hacer siempre, lo que Ud., con muy buen sentido ha hecho, que es decir, utilizar sus servicios para darle cierto barniz de la cultura que ellos representan a la obra del gobierno, y apartarlos oportunamente, porque no se debe confiar mucho en ellos”. Gil Borges, le confía el escritor al general, estuvo en el gobierno más tiempo del que ha debido estar, y todo por la bondad del jefe. No guarda ni límites ni escrúpulos, y escribe: “Fue así que –según me informan de Nueva York– al consultar su discurso con Domínici y José Santiago Rodríguez, miembros de la delegación de Venezuela



en ese acto, y amigos personales de él antes de que Ud., los consultados opinaron que el discurso debía ser el que se pronunció, donde se hacía caso omiso de Ud.”. Como si fuera poco, le añade que antes de pronunciarlo, “ya era conocido por toda la colonia revolucionaria”. Para Zumeta, pues, los intelectuales eran unos jarrones chinos; pero, además, peligrosos.

Si para unos críticos había dos Domínici, el novelista de pedrería más o menos barata o artificiosa y el ensayista un poco morigerado de *Tronos vacantes*, quizás podría agregársele un tercero: el político de la revista *Venezuela*, editada en París. Veamos el perfil que de él traza Ramón J. Velásquez: “Domínici, el creador del calificativo de ‘mono trágico’ para Cipriano Castro, coincide con Zumeta al afirmar que en el conflicto que enfrenta al gobierno de Venezuela con los Estados Unidos existen dos razones primarias y poderosas: la venganza y los negocios. El cobro de los días tremendos de 1902 y el ansia de Castro de convertirse en uno de los hombres más ricos de la América del Sur. Pero rechaza la actitud norteamericana de querer resolver esa situación con la intervención armada en Venezuela, con la ocupación de sus aduanas, con la constitución de un gobierno fabricado a la medida de sus apetitos y de sus planes de penetración en el Caribe. Domínici comparte las ideas y el sentimiento de una generación que advierte en los Estados Unidos la mayor amenaza para el porvenir de los pueblos latinoamericanos”. “El buhonero trágico nos acecha”, dice Domínici. “Está escrito –agrega– que nuestro hermano mayor debe ser el juez supremo tratándose con cosas de América. Para repartir justicia allí está él. Para comprar voluntades ninguno más generoso. Posee la elocuencia del bronce: sus cañones se encuentran perpetuamente dirigidos hacia los débiles. Y posee el lenguaje del oro, tan seductor entre nuestros gobernantes desleales, y entre nuestros políticos miserables. La Europa ha reconocido ese tutelaje humillante, y sobre la mayoría de nuestros pueblos la gran nación del Norte lo ejerce de modo efectivo. Hay que hacer antesala en la Casa Blanca para hablar con nosotros”.

El Dr. Velásquez observa que Domínici denuncia las intenciones de Castro de anular unas concesiones para otorgar otras “en las que su participación aumente su riqueza malhabida”, pero reconoce al mismo tiempo el derecho de Venezuela de modificar contratos como el de la New York and Bermúdez Co. o el de la compañía del Cable francés. De éste dice Domínici que un solo argumento basta, pues le cobra a los venezolanos el doble o más de lo que cobra en Argentina, Chile o Perú, a pesar de las enormes distancias. En cuanto al negocio del asfalto, piensa: “Los extranjeros se enriquecen extrayendo del seno de nuestra tierra un inagotable tesoro, sin dejarnos nada a cambio”.

Así, desde París, con la revista *Venezuela*, Domínici asediaba a Castro, mientras Zumeta lo hacía desde *La Semana* de Nueva York. A la caída de Castro, al regresar a Venezuela, ambos se montan en el comfortable tren del general Gómez. Sobre este tercer Domínici que retrata la danza política de los intelectuales, dice Jesús Sanoja Hernández en su ensayo sobre Blanco Fombona: “Virajes increíbles a



la manera de Domínici, quien salta de la prosa decadentista de 'La tristeza voluptuosa' al libelo contra el sátrapa, del libelo contra el sátrapa a la evocación griega en 'Dionysos', y de la evocación griega a la pintura del 'mono trágico'. A la condescendencia, en última instancia, con el otro dictador".

Una de las personalidades más singulares de principios de siglo es Rufino Blanco Fombona. (1874-1944). A Blanco Fombona lo enardeció la pasión política: el espectro ubicuo de Juan Vicente Gómez comparece de frente o de perfil, como una sombra o como un objeto de desprecio, en sus novelas y en sus innumerables panfletos. Intelectual de combate, como escritor fue incesante. Poeta, historiador, biógrafo, novelista, cuentista: hombre, en fin, de singular energía, su obra es tan variada y vasta como vital: *Camino de imperfección*, *Judas capitolino*, *El hombre de hierro* (escrita en la prisión en Ciudad Bolívar, en 1905), *El hombre de oro* (escrita entre Porschinet, en la costa bretona, y Madrid, de 1913 a 1915), *La mitra en la mano*, *Cantos de la prisión y del destierro*, *Letras y letrados de Hispanoamérica*, *El espíritu de Bolívar*, *La proclama de la Guerra a Muerte*, *El conquistador español del siglo XVI*, *La evolución política y social de Hispanoamérica*.

---

*En los laberintos  
de la política,  
muy pocos intelectuales  
tuvieron éxito,  
a lo largo del siglo XX,  
como hombres de poder.*

---

Personalidad volcánica, no podía ser preciosista como Díaz Rodríguez, ni sutil como Pedro Emilio Coll. Para uno de sus críticos, "mientras los personajes de Díaz Rodríguez querían evadirse a todo trance, los de Blanco Fombona se obstinaban por hundirse cada vez más en la realidad venezolana de la cual nacían y de la cual tomaban sus fuerzas, sus odios, sus furias". Esas furias se desataban contra el poder y contra quienes lo personificaban. Blanco Fombona ni dio ni pidió cuartel, vivió para escribir, y escribió para destronar. Temperamental y agresivo, gustaba de los duelos y de las aventuras. Residió en París y en Madrid prolongadas épocas: un destierro de veintiséis años, desde 1910 hasta la muerte de Gómez. A *Judas capitolino*, un asedio a Gómez, lo sigue después, 1923, *La máscara heroica / Escenas de una barbarocracia*, páginas que generaron un ruidoso juicio en Madrid.

En 1929, el escritor participa desde París en la organización de la invasión del general Román Delgado Chalbaud. "La sátira contra el general y contra el clima de terror, corrupción, egoísmo, astucia, hipocresía, oportunismo, etc., que Blanco Fombona considera inherente a su dictadura (escribe Guillermo Pérez Delgado) se combina en las novelas *La mitra en la mano* (1927) y *La bella y la fiera*, (1931), con la vieja tesis del triunfo de los peores, los más viles, y con la mostración de los estrechísimos nexos entre sexo y poder". Mientras combatía a Gómez, ejercía el cargo de gobernador de las provincias españolas de Almería (1933) y de Navarra (1933-1934), luego del triunfo de la república española, porque así como rechazaba la dictadura, también abjuraba de la monarquía.

La relación entre el intelectual y el poder tiene en José Rafael Pocaterra uno de sus más conspicuos símbolos; fue uno de los mejores novelistas de la primera mitad del siglo XX. Para fortuna de las letras venezolanas, culmina sus principales



novelas en sus primeros años de escritor, antes de lanzarse al torbellino: *Política feminista o El doctor Bebé* (1913), *Vidas oscuras* (1916), *Tierra del sol amada* (1918), y *La casa de los Ábila*, escrita en la cárcel en 1921-1922. Conspira con el capitán Luis Rafael Pimentel contra Juan Vicente Gómez, y en 1919, es reducido a La Rotunda hasta 1922. Allí comienza a escribir uno de los libros más terribles del siglo, *Las memorias de un venezolano de la decadencia*. Al salir de la cárcel, viaja a Estados Unidos, y luego se radica en Canadá. La política no suplantó a las letras, porque sus *Cartas hiperbóreas* que escribirá para el periódico *El Herald de Cuba*, tienen que

**“Advierto que no soy político y que la lucha política no me interesa...”, dijo Gallegos...**

ver esencialmente con la política contemporánea y contra los dictadores de ésta y las otras partes del mundo: Augusto Leguía, Mussolini, Primo de Rivera. El duelo de Pocaterra con el poder es incesante; no da tregua, ni en sus *Cartas hiperbóreas*, ni en las numerosas cartas personales recogidas en las 749 páginas de los dos

volúmenes de *La oposición a Gómez, 1922-1935*.

Revisitemos una de aquéllas: “Hace un año ya, en una correspondencia del verano anterior, cuando la novelaría del ‘fascismo’ iba formando adeptos por el mundo y hasta la gentualla politiquera de Iberoamérica las daba de mussolinesca, ante la estrepitosa ola de opinión de prensa y los comentarios editoriales, y los tratadistas ‘ultra’, expresaba yo que bajo estos arcos pensativos del Canadá aguardaría el final de la farsa romana y que el pueblo de Italia daría de sí...” Pocaterra, en una palabra, en 1924, adelantaba su duelo personal contra el fascismo, denunciaba la muerte del diputado Matteoti, uno de los grandes crímenes del primer Mussolini.

Publicadas antes por entregas fragmentarias en la revista *La Reforma Social* de Jacinto López, en Nueva York, las *Memorias de un venezolano de la decadencia* fueron editadas en Bogotá, en 1927, con un prólogo de Eduardo Santos. “Es un libro violento, sangriento, implacable”, se lee allí. “Algunos echarán en él de menos la serenidad y el frío raciocinio; pero, ¿es que se pueden tener esas condiciones cuando aún está vivo el recuerdo personal de atroces crueldades, y se describen hechos inicuos, saturados de sangre y de lágrimas? No es este el trabajo ecuánime de un erudito que estudia las atrocidades ya pálidas de un tirano remoto. Es el grito de la víctima cuyas heridas aún no se han cerrado; del que ve aherrojada y doliente a su patria y la contempla así con un amor sólo igualado por la ira que tal cuadro produce”.

En 1929, Pocaterra se involucra en la invasión de Delgado Chalbaud, llamada del Falke, y al fracasar, huye en el mismo barco.

*Memorias de un venezolano de la decadencia* constituye uno de los testimonios más trágicos de las letras hispanoamericanas, la denuncia del poder absolutista de dos dictadores, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Manuel Caballero las valora de esta manera: “A pocos años de *Los diez días que conmovieron al mundo* de John Reed, a muchos del *Diario de la peste* de Daniel Defoe, ha escrito uno de los más grandes reportajes que periodista alguno haya escrito en este siglo, y en los otros: *Memorias de un venezolano de la decadencia*”.



En la relación del intelectual con el poder o con la política, en no pocas ocasiones, el intelectual sucumbe. Unos, al estilo de Mariano Picón-Salas, se mantienen en el mundo de la teoría, un poco lejano, en un mundo aséptico en que el primer contacto con la realidad lo desarma; así, Picón-Salas renunció a Orve (Movimiento de Organización Venezolana), el 15 de junio 1936, su fugaz experiencia militante, por el respaldo de esa organización a la prolongada huelga petrolera: “Como usted lo comprenderá, mi retiro se debe a una profunda y definida divergencia respecto a la participación de Orve en la huelga general, y sobre todo respecto a la obstinación con que aquélla se mantuvo, a pesar de sensatas gestiones conciliadoras. Con ello se dañó de manera considerable la economía nacional, y se puso en grave peligro nuestra recién nacida organización democrática”. Otros, como José Rafael Pocatterra o Rufino Blanco Fombona, pueden ser hombres de armas tomar. Unos (sea cual fuere el grado de compromiso, en la teoría o en los hechos) preservan y realizan su obra. Otros se consumen en la aventura. ¿Qué habría sido de Pedro María Morantes si el odio a Castro no domina su vida y su obra?

Cuando Cipriano Castro aborda el barco francés *Guadaloupe* el 24 de noviembre de 1908, acaso no sospechó que viajaría en la misma nave con uno de sus más enconados enemigos: Pedro María Morantes, o sea, Pío Gil. Las gafas oscuras le daban un aspecto sombrío de espía de novela policial y, en efecto, desde distancia prudente, y acaso con ironía, observó la melancólica travesía del dictador y su viaje sin retorno, al Viejo Mundo y al destierro de nómada. Más que en Blanco Fombona, la pasión política, y sobre todo el odio a Castro y a Gómez, marcó su obra. Veamos cómo lo describe Picón-Salas: “Es un terrible y silencioso observador de los tragicómicos días de la dictadura de Castro, que habrá de revelar después de 1908 en muy ácidos libros: la novela *El Cabito*, que presenta el amargo e indignado cuadro de la vida social caraqueña a comienzos del siglo, teniendo a Cipriano Castro como personaje central; *Cuatro años de mi cartera* y *Los felicitadores*, animados libros de memorias en que se recogen las anécdotas, la fraseología y los gestos reveladores de aquel período de historia bizantina; y otros volúmenes de polémica, como *Panfleto Amarillo*, *Panfleto Azul*, *Personalismo* y *Verdades*, en que, después de enjuiciar a Castro, inicia el proceso político de Juan Vicente Gómez y de los primeros hombres que se destacaban en la cábala gomecista. Todavía, las letras y la política parecen condenadas a andar juntas: negándose, naturalmente. Ese es el ambiente cuando despunta el siglo”.

A partir de la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935, el clima de los intelectuales será diametralmente distinto. Desde 1936, los intelectuales escribirán sin zozobras. Muchos regresan de largos exilios, entre ellos Rómulo Gallegos, que se fue del país cuando Juan Vicente Gómez quiso “distinguirlo” nombrándolo senador por el estado Apure, las tierras de *Doña Bárbara*, la novela que describió la realidad salvaje en términos diferentes a los grandes panfletistas: la gran metáfora entre civilización y barbarie.



Aun cuando Gómez no aceptó que la novela conllevara un mensaje contra la dictadura, porque cuando el doctor Rafael Requena se la leyó, se cuenta que exclamó: “Eso no es contra mí, porque eso es muy bueno”, Gallegos sintió la presión del sistema, y escogió el destierro. De lo contrario, habría tenido que “saltar la talanquera”. Para Gómez, *Doña Bárbara* y *Cesarismo democrático* pertenecían a un mismo mundo enigmático y ajeno. No así la prosa de Pocaterra o de Blanco Fombona.

Pero, ¿qué significaban los intelectuales para el dictador? En esa lectura de la mente más hermética de que tengamos noticia que son *Las confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, no estuvo ausente la interrogante. Allí leemos: “Un día me dijo el compadre Pimentel que si a mí no me daba miedo poner como ministros a los doctores más importantes y de más nombre de Venezuela como el doctor Arcaja, Muñoz Tébar, don Román, Díaz Rodríguez, don Pedro Emilio, Samuel Darío, Zumeta, Andara, Guevara Rojas, Gil-Fortoul, el doctor Santos, Itriago, Gil Borges, y yo le dije que desde el principio había hecho la prueba, y que yo tenía el secreto para que me sirvieran sin trampa, y ese secreto era el respeto que yo les daba, y lo que sabían que le pasaba al que me quería enredar, que tenía que irse como don Leopoldo y Carabaño y Olivares que llevaban años afuera, o en la cárcel como Carlos León”. Algo más que los jarrones chinos de Zumeta.

En los laberintos de la política, muy pocos intelectuales tuvieron éxito, a lo largo del siglo XX, como hombres de poder. Pero en la conquista de la libertad y de la democracia, en el debate y contraposición de ideologías, su legado fue fundamental. Enriquecieron, sin duda alguna, la historia del pensamiento político en Venezuela. Ya desde la época de Gómez, movimientos como el de la generación del 28, fundamentalmente desde el exilio, llevan a cabo un debate político que desembocará en diversas corrientes ideológicas; prevalecerán quienes auspicien el socialismo democrático y el marxismo. Entre los primeros estarán Rómulo Betancourt, Valmore Rodríguez, Carlos D’Ascoli, Isaac J. Pardo, Juan Pablo Pérez Alfonzo, quienes debaten a distancia, a través de un epistolario particularmente dinámico. En la corriente marxista (pertenecieran o no al 28), resaltarán los nombres de Miguel Acosta Saignes, Carlos Irazábal, Salvador de la Plaza, Juan Bautista Fuenmayor y Miguel Otero Silva.

El establecimiento de la democracia y el juego de la política le abrió a unos el camino del poder, una veces como realidad, otras como ficción. En 1941, el novelista Rómulo Gallegos aceptó ser el “candidato simbólico” a la presidencia de la República, en un sistema en el cual el Congreso elegía al presidente, y el Congreso estaba férreamente controlado por el Gran Elector. Ingenua o no, la aventura tuvo repercusiones indudables: dos escritores conquistarán a partir de entonces gran prestancia en el mundo de la política: el propio Gallegos, y el poeta Andrés Bello. Lo cual no significó, en todo caso, verdadero ejercicio del poder, porque ambos imponían su propia distancia. “Advierto que no soy político y que la lucha política no me interesa...”, dijo Gallegos en uno de sus más importantes discursos como



diputado de oposición en el Congreso de 1937 para el cual había sido elegido con una alta votación, y añadió: "...por el contrario, repugna a mi temperamento, más bien inspirado en normas de moderación conciliadora..." Así habló Gallegos cuando el Congreso debatía la ilegalización de los partidos de izquierda, la expulsión del país de 45 líderes políticos, y la anulación de las elecciones en 7 de los estados donde habían triunfado los candidatos de oposición.

"Advierto que no soy político": con esas palabras reiteradas en diversas ocasiones, Gallegos daba la clave de su compleja relación con la política, una relación amor-odio de aceptación y de rechazo, de comprensión lúcida de la necesidad de incursionar en la política, y de distanciamiento con muchos de sus métodos o de sus prácticas. *A reluctant politician*. Si Gallegos hubiera sido político como Betancourt, otro habría sido su comportamiento con los militares, y el de los militares con él, en el mes de los difuntos de 1948.

Arturo Uslar Pietri no tendrá las dudas de Picón-Salas, ni las reservas de Gallegos; desde su regreso del servicio diplomático en París, en los últimos años de Gómez; Uslar será hombre de relieve en los gobiernos de López Contreras y, sobre todo, de Medina Angarita, de cuyo régimen brillará como el político de mayor influencia, como jefe del Partido Democrático Venezolano. Durante el tiempo de Medina un grupo numeroso de intelectuales se vincula con el poder, además de Uslar Pietri. Entre ellos figuran Caracciolo Parra-Pérez, Mariano Picón-Salas, Ramón Díaz Sánchez, Mario Briceño Iragorry, Guillermo Meneses, Manuel Felipe Rugeles, Joaquín Gabaldón Márquez, Manuel Rodríguez Cárdenas. De todos sólo Uslar, es verdad, lo abordó con verdadera ambición. No fueron ajenos a la política, pero desde una posición de independencia, escritores de tanto relieve como Enrique Bernardo Núñez, y Antonio Arráiz, o Jacinto Fombona Pachano y José Nucete Sardi, editores del semanario *Diagonal* que, en 1945, respaldaron la candidatura presidencial del general López Contreras.

En la historia del pensamiento político del siglo XX, al sucumbir la dictadura con la muerte de Gómez, se abrió un debate particularmente dinámico sobre el destino del país y las formas del Estado. La carencia de partidos políticos les permitía mayor beligerancia a los intelectuales; el momento que comenzaba a vivir Venezuela los incitaba y los invitaba a participar. Cuestiones como la eliminación o no del congreso gomecista, en 1936, suscitó un intercambio estelar entre los escritores. Enrique Bernardo Núñez y Antonio Arráiz, con distintos argumentos, sostuvieron la tesis de que López Contreras, en vez de ser elegido por un congreso nombrado por Gómez, debía asumir el poder *de facto*, en tanto se elegía un congreso que respondiera a los nuevos tiempos. Aquella habría sido una ocasión singular para una iniciación clara del régimen democrático; no se cuestionaba la elección del general, sino el método, porque todos comprendían que ningún otro tenía sus dotes para conducir la transición.

---

*Desde 1936,  
los intelectuales  
escribirán  
sin zozobras.*

---



Sin embargo, la tesis no tuvo audiencia, porque los temores eran demasiado fuertes: el gomecismo, simplemente, no había muerto con Juan Vicente Gómez. López Contreras presionó (con aquiescencia predominante, y quizás buenas razones) para que el Congreso lo eligiera. Así, el Congreso se legitimó a sí mismo, y el país fue espectador de la más grande metamorfosis política de todos los tiempos: los elegidos de Gómez pasaron a ser representantes del pueblo, y prolongaron por décadas su influencia política. Otro gallo habría cantado en la democracia venezolana.

---

**...como escritor  
fue incesante. Poeta,  
historiador, biógrafo,  
novelista, cuentista:  
hombre, en fin,  
de singular  
energía...escribió  
para destronar...**

---

López Contreras, escribió Yolanda Segnini en *Los caballeros del postgomecismo*, “convocó a las luces del postgomecismo para que aportaran lo mejor de sus inteligencias en el desempeño de la innovadora tarea”. “Aquellos intelectuales que acudieron al reclamo de las mil y una veces denominadas ‘urgencias del momento’ y de la ‘nueva realidad’, (observó la historiadora), se esforzaron por traducir sus capacidades de abstracción teórica para insertar al país en un proyecto modernizador de realizaciones concretas en

cada una de las áreas que les correspondió actuar. Venezuela comenzó a surgir como un todo globalizador de acuerdo con las coordenadas planteadas”. Entre ellos se destacaron Alberto Adriani, Diógenes Escalante y Caracciolo Parra Pérez, tres venezolanos que, coincidentalmente, habían residido en Europa, trabajado juntos y meditado sobre el país “después de Gómez”. A sus ideas se debió de manera esencial el Programa de Febrero que López Contreras, todavía Encargado de la Presidencia de la República, le presentó a los venezolanos como una urgente demostración de que los tiempos habían cambiado, y cambiado para siempre.

Cuando los partidos comienzan a dominar la escena a partir de los años 40, el intelectual va perdiendo espacio como individuo, y abdica de algún modo su papel en el debate de las ideas políticas. Ya no será el molino de viento del XIX o principios del XX, o el protagonista que fue a la muerte del dictador. Se sumerge o hace mutis. La democracia y la libertad le ofrecen el confort necesario para sus quehaceres esenciales, la reflexión política deja de ser un desafío, y la resigna en otros (espectador comprometido o no), en quienes mueven las masas y descifran los signos del poder.

Durante la década de la dictadura perezjimenista (1948-1958), los intelectuales consideran que se les abren otra vez los antiguos retos. Ramón J. Velásquez, Juan Liscano, J. M. Siso Martínez, o más jóvenes como Manuel Alfredo Rodríguez, Jesús Sanoja Hernández, Guillermo Sucre, Manuel Caballero, Francisco Sucre Figarella, José Vicente Abreu, Arnaldo Acosta Bello, Darío Lancini, pasan largos años en la cárcel; Velásquez, en primer término, o en el exilio, como casi todos los otros. El papel de los intelectuales durante aquellos años no dio tregua, a pesar de que ponían en juego la propia vida, como en los días de Juan Vicente Gómez. De los asedios de la dictadura no escapan las mujeres: Elisa Lerner fue sentada frente al tormento del interrogatorio. El escalofriante episodio le abrió el mundo de las



letras: "Ser escritora será una manera de aplacar, aunque sea en forma ilusoria, al silencio dictatorial".

En la dimensión mundial, sin embargo, paralelamente a lo que ocurría en Europa o en otros países de la América Latina, también en Venezuela se suscitan los grandes debates políticos del siglo, generados de modo particular por la antinomia capitalismo / socialismo, o por las condiciones del régimen soviético, o la idea de la revolución mundial. Pero, en general, la cuestión del poder se eleva al universo de la teoría, prescindiendo, a diferencia de los intelectuales de la primera mitad del siglo XX, de la connotación personal, del hombre contra el poder o en busca del poder. Juan Carlos Rey, Juan Nuño, Elías Pino Iturrieta, Luis Castro Leiva, Germán Carrera Damas, Domingo Alberto Rangel, escriben textos de gran significación teórica sobre el poder y sus formas, pero no tendrán en mente el poder como posibilidad personal; tratan, por el contrario, de alejarlo y considerarlo tierra ajena. Al poder político contraponen el poder de las ideas.

A partir de la década de los 70 surgen ensayistas polémicos, cuyas obras trascienden las fronteras venezolanas: Carlos Rangel escribe *Del buen salvaje al buen revolucionario*, convirtiendo sus puntos de vista en términos de referencia en los momentos más críticos de la Guerra Fría y sus dogmatismos. *Checoslovaquia, el socialismo como problema*, de Teodoro Petkoff, se inscribió entre los textos más relevantes de la controversia que agitaba entonces a los países del Este europeo. Manuel Caballero, en su estudio sobre *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, analizó las influencias ideológicas generadas por aquel debate en los años 30.

El ensayo sobre la III Internacional fue elogiado en Europa por especialistas como Raymond Carr. En Venezuela, Juan Liscano escribió: "...el Comintern, como lo señala Caballero, 'era una conspiración para derrocar a todos los gobiernos fuera de la Rusia Soviética'. Perseguía la revolución mundial, un bello mito marxista, pero como lo apunta el autor, en sus veinticuatro años de existencia institucional (se disolvió en 1943) nunca fue capaz de dirigir una revolución hacia la victoria". Lo cual fue comprobado por la historia, pero suscitó diversas revueltas y confrontaciones de prolongada duración.

La democracia y la libertad les permiten a los intelectuales construirse su propio reino. Así, los laberintos del poder se ven cada vez con mayor distancia, y no poco desdén. El poder, a su vez, se esteriliza, y entra en el túnel (impredecible) del tiempo, como epílogo del siglo.



